

AC 08 106

Hola, buenas noches, comenzamos una nueva semana en el tiempo del curso de acceso directo a la universidad para mayores de 25 años, el CAT. En nuestro programa de esta noche, introducción a la historia del mundo contemporáneo. El profesor Isidro Sepúlveda nos hablará del mundo occidental y la construcción europea.

En este tema se desarrollará la evolución de los países con democracias liberales tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Se analizan tanto las peculiaridades de cada uno de los países como los abundantes rasgos comunes, de modo especial su paralelo desarrollo económico que durante los años 50 y 60 alcanzó un crecimiento tan importante que dicho periodo comienza a designarse como la edad dorada. En primer lugar, sería conveniente que definiéramos qué se entiende por mundo occidental y cuáles fueron las características que se conjugaron para la agrupación de un conjunto de países anteriormente tan diferentes.

El mundo occidental es una apelación ya coloquial, surgida tras la Segunda Guerra Mundial, que encuadra a un grupo de países ya para entonces con algunos rasgos comunes y que durante y sobre todo después de la guerra inician un movimiento de homogenización en sus usos políticos y económicos. Las características comunes son principalmente tres. La herencia de una tradición cultural europea, la apuesta decidida por el desarrollo de democracias liberales, basadas además en amplios programas sociales, lo que acabó llamándose el Estado de Bienestar, y la aplicación de unas prácticas económicas duales dentro de la economía de mercado que posibilitaron un gran crecimiento económico en las décadas posteriores a la guerra.

Centrándonos en esta última característica, ¿hasta qué punto fue ese crecimiento sostenido y paralelo la circunstancia de la conformación de este gran bloque? Tuvo una importancia básica. Durante los finales años 40 y la década de los 50, el mundo se esforzó por reconstruir las ruinas ocasionadas por la guerra o por las profundas transformaciones causadas por el proceso de descolonización. No sólo se consiguió, sino que la economía mundial entró en uno de los periodos más fructíferos del siglo.

Entre el final de la guerra mundial y la gran crisis de los 70, ocasionadas entre otras razones por la subida del precio del petróleo, se desarrolló un periodo de tan extraordinario crecimiento económico que es conocido como la Edad Dorada. A pesar de ser evidentes los grandes avances económicos realizados y la mejora en el nivel de vida de gran parte de la sociedad mundial, estos años dorados también tuvieron numerosas repercusiones negativas, cuyas consecuencias al menos llegan al presente y se arrastrarán durante unos cuantos años. ¿Cómo y por qué se produjo ese crecimiento sostenido? Tras el fin de la guerra mundial, las tasas anuales de crecimiento de la producción industrial alcanzaron cotas sin precedentes.

Si durante el siglo XVIII la primera revolución industrial aumentaba la producción al 1,5% anual, su extensión geográfica hizo que durante el siglo XIX alcanzase el 3%, tasa que se mantuvo a

un nivel general durante la primera mitad del siglo XX. Durante el periodo 1948-1972, el crecimiento anual a nivel mundial fue del 5,6%, destacando los países de Europa occidental y Japón. Durante los años 50, este crecimiento fue producido por el gran programa de recuperación, crisis y recesión de los años 30, Segunda Guerra Mundial, a la vez que se sentaban las bases para un mantenimiento de la coyuntura.

Entre estas bases destaca la reforma del sistema financiero, el abandono de prácticas proteccionistas, la internacionalización de la economía y la multiplicación de las exportaciones, el aumento de la demanda de trabajadores especializados y semi-cualificados, la innovación tecnológica, el paso de grandes contingentes del sector primario, especialmente de la agricultura, a la industria y el crecimiento de los salarios y, con ellos, del consumo. Todo ello produjo el conocido como boom de los 60. Efectivamente.

Una de las características del proceso de la economía mundial durante el tercer cuarto de siglo, además de la aceleración del crecimiento económico, ha sido la estabilidad de ese mismo crecimiento. No se produjeron crisis ni depresiones, tan solo disminuciones de la tasa de crecimiento. Durante los años 60, esta tasa alcanzó sus cotas más elevadas, en gran parte debido al incremento constante del consumo interior y del comercio internacional, basado en un sistema monetario internacional muy estable.

El consumo interior aumentó gracias a cuatro factores principales. El aumento de los salarios permitía un constante crecimiento del nivel de vida, lo que se manifestaba en un incremento de la demanda de productos. Estos multiplicaron sus modalidades, segundo factor.

Apareció una fuerte competencia, con la consiguiente bajada de precios, lo que hizo necesarias fuertes inversiones en investigación para la mejora de los productos, la creación de otros nuevos y la explotación de la publicidad como medio de dar a conocer e incluso crear demanda en el mercado potencial. Todo ello potenció de modo directo el aumento del consumo. El tercer factor fue la multiplicación de mecanismos de pago que facilitaba la compra de productos cuyo precio excedía el nivel de gastos que una familia media podía permitirse en un periodo determinado.

Los distintos medios de pago diferido, plazos, anualidades, cuotas, depósitos, pagaré, hicieron accesible una gran cantidad de nuevos productos a familias con ingresos medios, incluso bajos, que era la mayor parte del mercado. Por último, el cuarto factor fue la extraordinaria mejora de los medios de transporte, tanto aéreo, naval, como sobre todo terrestre, por ferrocarril y de modo especial por carretera. Todo esto referente al comercio interior, pero además el comercio internacional multiplicó constantemente sus cifras y en buena parte el beneficio de las empresas se alcanzó suministrando mercados exteriores.

Por ello, en los años 60 se desarrolló una tendencia que evitaba el largo traslado del producto al mercado exterior mediante el procedimiento de fabricar el producto en el mismo mercado al que se dirigía. Las grandes corporaciones multinacionales reprodujeron sus factorías en los lugares donde más demanda tenían o podían alcanzar a tener sus productos, participando con

ello tanto la interrelación de los distintos mercados nacionales como comenzando la pérdida del control total de los estados sobre sus propias economías. Antes se ha dicho que este desarrollo tuvo un coste importante.

Sí, hay pocas cosas que sean gratuitas y cuando se habla de economía mucho menos. Este extraordinario crecimiento de la producción, el consumo, el comercio internacional y los beneficios acarrearón un alto precio, en unas ocasiones cuantificable y en otras poco medible con los baremos estadísticos. Las repercusiones negativas más importantes fueron, en primer lugar, el daño en ocasiones irreparable que el desarrollo industrial ocasionó en los recursos naturales, la habitabilidad y el equilibrio ecológico del planeta.

En segundo orden, la gran transformación de la economía, tanto en el proceso productivo como en la comercialización y el consumo, con la ascensión de las corporaciones multinacionales, la pérdida de poder de los estados, en la dirección de las economías nacionales. En tercer lugar, la profunda transformación causada en la propia entraña de la sociedad. Las manifestaciones más evidentes fueron la publicidad, la vorágine consumista y la creación de nuevas y volubles necesidades, y su más trascendental consecuencia fue la elevación de la riqueza, de la posesión del capital, a fin en sí mismo.

El individualismo, el afán de acceso social, la ostentación y la ausencia de solidaridad fueron propiciados y a la vez se convirtieron en las características de esta edad dorada. Podemos abordar ahora la evolución del país que mantuvo el liderazgo del bloque occidental tras la guerra a Estados Unidos, ¿qué repercusión tuvo en su política nacional y exterior este liderazgo? En realidad mucha. Los Estados Unidos ya antes de la Segunda Guerra Mundial eran la primera potencia industrial, pero salieron de la guerra convertidos en la primera potencia política y económica.

La posterior política interior estuvo marcada considerablemente por el desarrollo de ese liderazgo internacional, lo que llevó aparejadas las responsabilidades de orden internacional que acarreaba y por supuesto también las ventajas en el comercio y las finanzas mundiales. La historia de Estados Unidos suele explicarse dividiéndola en periodos presidenciales, que de ese modo aparece en el manual de la asignatura, si bien es más adecuado hacerlo marcando periodos de larga duración. Así se perciben las grandes características del periodo más nítidamente y se explican las importantes variaciones sufridas de uno a otro.

De ese modo se ve que la continuidad progresista que sostuvo la larga presidencia de Roosevelt fue moderándose bajo Truman y llegó al conservadurismo más claro en las dos legislaturas de Eisenhower en la década de los 50. Los años 60 supusieron una reacción contra ese conservadurismo y bajo Kennedy se sentaron las bases de un nuevo programa progresista que tras su asesinato mantuvo en sus rasgos principales el presidente Johnson hasta 1968. A partir de entonces comenzó un nuevo ciclo conservador bajo el gobierno de Nixon apenas interrumpido por la presidencia de Carter, pero que encontró en Reagan no sólo un continuador sino un abanderado radical.

Podríamos analizar esta evolución. En primer lugar, el paso del liberalismo progresista de Roosevelt al conservadurismo de Eisenhower. Roosevelt murió antes del final de la Segunda Guerra Mundial, en abril del 45, y al frente de su administración le sucedió el vicepresidente Harry Truman, quien disfrutó, por poco tiempo, de la gloria de la victoria.

Pronto la felicidad de la victoria se disolvió ante un cúmulo de problemas cuya resolución en demasiadas ocasiones sirvió para abrir nuevas y más graves dificultades. La balanza de la política internacional de Truman prueba ese giro hacia la derecha respecto a la política demócrata mantenida en los años 30 y durante la Guerra Mundial al que antes hemos aludido. Sus consecuencias más evidentes fueron la división de Corea y Alemania, la multiplicación de las bases militares, el sostenimiento de dictaduras, a pesar de ser condenadas en Formosa y Corea del Sur, y la remilitarización de Alemania y Japón.

A pesar del prometedor crecimiento económico, la política de Truman encontraba fracasos estrepitosos que los republicanos supieron airear. El triunfo en China del Partido Comunista, el afianzamiento de los regímenes comunistas en Europa y, lo peor de todo, el estancamiento y la derrota en Corea. El Partido Republicano, apartado de la presidencia durante más de 20 años, necesitaba un candidato para las elecciones de 1952 que arrastrara a amplias capas de la población.

Lo encontraron en el general Eisenhower. Su figura pronto se situó muy por encima de la mera labor de gobierno y significó un símbolo de la prosperidad de los tiempos y del predominio mundial que había alcanzado Estados Unidos y que, como fue conocido, disfrutó de uno de los periodos más prósperos de la historia económica mundial, no tanto debido a su gobierno como a la propia dinámica de la producción capitalista y la necesidad del mercado de materiales y productos con los que superar las secuelas de la devastadora guerra mundial. El balance de la economía estadounidense durante las dos administraciones Eisenhower fue muy positivo, superando el 3%.

Sin embargo, en la política interior los problemas aumentaban debido a las desigualdades sociales. En los años 50 el problema racial desbordó el planteamiento pseudo-religioso para centrarse en la demanda de los derechos civiles y el fin de la segregación. El tímido apoyo del gobierno federal para llevar a cabo la integración apenas se aplicó en los estados del sur.

El segundo periodo sería el retorno del Partido Demócrata a la presidencia y la creación de una nueva política progresista bajo la administración Kennedy. En las elecciones de 1960 el anterior vicepresidente Richard Nixon se enfrentó a John F. Kennedy, quien resultó elegido por estrecho margen. La presidencia de Kennedy ha sido una de las más desproporcionadamente importantes para Estados Unidos en relación con su duración.

En contraste con la anterior administración, anciana, paternalista y distante, la entrada de los Kennedy en la Casa Blanca resultó una revolución en usos, costumbres, imágenes y modos de comunicación. En política exterior los buenos propósitos de Kennedy fueron superados por las circunstancias y la reactivación de la Guerra Fría. Los tres acontecimientos más importantes

fueron la crisis de los misiles y el bloqueo de Cuba, el apoyo estadounidense a los intentos de desestabilizar el régimen castrista mediante una invasión fracasada estrepitosamente en Vallecochinos y, sobre todo, el inicio de la Guerra de Vietnam, cuyas peores consecuencias se sucedieron durante todos los años sesenta.

En el interior, si en 1960 la economía estadounidense creció por debajo del 3%, la tasa media del crecimiento entre 1961 y 1963 dobló esa cifra. La administración Kennedy gobernó con una coyuntura favorable, que permitió la creación de más de dos millones y medio de puestos de trabajo y produjo un alza considerable en los salarios. El 22 de noviembre de 1963, mientras realizaba una visita a la ciudad de Dallas, el presidente Kennedy fue acribillado.

Lyndon Johnson, como vicepresidente, lo sustituyó automáticamente y en las elecciones del año siguiente consiguió una holgada victoria, lo que le perpetuó en la Casa Blanca hasta enero de 1969. En los cinco años de su presidencia se acometieron importantes reformas en la línea heredada del New Deal de Roosevelt y la nueva frontera canadiense, aunque marcando un evidente giro conservador en su aplicación. Pero más que por todo eso, la presidencia de Johnson es recordada en unión a la Guerra de Vietnam y el tremendo impacto que produjo en la sociedad estadounidense.

Esto fue decisivo para un cambio profundo en el balance político norteamericano. El triunfo de Nixon inició un nuevo periodo en la política de este país. Sí, el cansancio de la guerra y las manifestaciones de agotamiento del crecimiento económico movieron al electorado a respaldar de nuevo la política republicana.

Nixon se impuso en las elecciones de 1968 y 1972. En política exterior, donde destacó la ejecutoria del secretario de Estado Henry Kissinger, fue partidario del mayor nivel de pacificación y concentración posible, tanto por una oportunista reconversión al pacifismo como por el deseo de disminuir el aparato militar estadounidense en el exterior y aligerar así el déficit federal. Finalizó la guerra de Vietnam, realizó un acercamiento a China e inició con la URSS los primeros contactos para limitar y reducir el armamento atómico.

En política interior cosechó menos éxitos. Los índices de paro se habían disparado, la inflación no conseguía ser dominada y la competitividad de los productos estadounidenses disminuía día a día en el mercado internacional, tanto por el costo de la producción como por la sobreapreciación del dólar, lo que acarreaba un creciente déficit en la balanza de pagos y agravaba las consecuencias ante el crónico déficit público. La repercusión de la crisis económica se hizo notar especialmente entre los colectivos fuertes favorecidos que no dejaron de expresar su malestar de forma creciente y no siempre de un modo pacífico.

Sin embargo, la piedra angular del desenlace de su presidencia y de la imagen de Nixon ha quedado para la historia fue el caso Watergate, la recusación del presidente y su dimisión ante la amenaza de ser procesado en agosto de 1974. Fue sustituido por el vicepresidente Gerald Ford, el único presidente de los Estados Unidos que nunca ha sido elegido. Su gestión fue una mera continuidad en programas y, en buena parte, también en equipo humano con la de

Nixon.

Hemos hablado de la evolución económica y de las grandes etapas de Estados Unidos tras la Guerra Mundial. ¿Podemos centrarnos ahora en la otra gran mitad de este mundo occidental, Europa, o más concretamente, la Europa Atlántica? Efectivamente, porque existe una clara diferenciación entre la Europa Mediterránea, si se exceptúa España, Portugal y Grecia, en la que imperan movimientos, gobiernos fuertes, dictaduras militares, con o sin apoyo civil, y la Europa Atlántica, por otra parte de la que hablamos ahora mismo. El día del armisticio, punto final de la Guerra Mundial, el famoso, el futuro de Europa, no parecía muy alentador.

Diezmada su capacidad industrial, desmantelada sus infraestructuras, endeudada con Estados Unidos, en trance de perder sus imperios coloniales. Europa salía de la Guerra Mundial, de la que había sido principal y más sangriento escenario, en una posición muy delicada y las expectativas no hacían presagiar su recuperación. Europa había perdido en apenas tres décadas la posición hegemónica mundial que habría ganado en los últimos cuatro siglos.

Lenta, constante y muy duramente, los distintos Estados europeos afrontaron los desafíos de la posguerra, exigiendo enormes esfuerzos a sus sociedades, sentido común a sus gobernantes y solidaridad a los empresarios. Todo ello apostando decididamente por sistemas democráticos, ampliando muy considerablemente el estado de bienestar e iniciando el camino hacia la constitución de una unión económica y política del continente. El resultado de este esfuerzo fue la construcción de una sociedad más abierta, dinámica, próspera y protegida que nunca.

El motor que posibilitó esto fue la puesta en práctica de una economía dual con fuerte intervención estatal que posibilitó el crecimiento sostenido de la economía y el nivel de vida. Esta evolución general tuvo, por supuesto, unos ciclos y unas características distintas de un país a otro. Comencemos a señalarlos en los países vencedores de la guerra, Gran Bretaña y Francia.

Gran Bretaña salió de la guerra conservando aparentemente todo su poder, incluso disfrutando de la gloria ilusoria de sentarse al lado de las dos superpotencias. En realidad la época dorada hacía tiempo que había desaparecido y el desmantelamiento del imperio británico fue su manifestación más patente. En las elecciones celebradas tras el triunfo aliado, el gran timonel inglés de la contienda, Winston Churchill fue derrotado.

El electorado comprendió que quien también había sabido llevar a su país a la victoria no era el más indicado para afrontar la gran tarea de reconstrucción. Le sucedió un gobierno laborista, encabezado por Atri, que puso en práctica una acusada política socialdemócrata. Se amplió el sistema de seguridad social y sanidad pública al tiempo que se efectuó una política de nacionalizaciones de industrias y sectores básicos.

En 1951 volvió al poder el Partido Conservador, con Churchill a la cabeza, quien gobernó cada día de un modo más impersonal hasta su retirada de la política en 1958, siendo sustituido por Macmillan, primer ministro, hasta 1964. La política conservadora mantuvo en gran parte la

línea marcada por los laboristas, lo que posibilitó un claro nivel de crecimiento, aunque menor que en otros países europeos. Esto condujo al nuevo triunfo de los laboristas, dirigidos por Harold Winston, que ampliaron la cobertura del sistema público y los niveles de influencia estatal en la economía al compás de las exigencias de los sindicatos.

Sin embargo, lo que se ganaba en el estado de bienestar se perdía en capacidad competitiva y la economía británica comenzó un declive que la crisis del petróleo en los setenta multiplicó hasta colapsar definitivamente el modelo de desarrollo puesto en práctica tras la guerra. La revolución conservadora, cuya banderada fue de Margaret Thatcher, dismanteló gran parte de los logros sociales anteriores, aunque no consiguió el inicio de un nuevo ciclo desarrollista hasta bien entrados los años ochenta. Por su parte, la historia de Francia posbélica se divide claramente en dos partes, antes y después de 1958.

La nueva constitución de 1945 dio origen a la Cuarta República, de vida zarsa dada la correlación igualitaria de los tres grandes partidos, el socialista, el comunista y la democracia cristiana. El hombre que había representado la resistencia antes de la ocupación y durante ella, y había personificado el triunfo aliado, Charles de Gaulle, se apartó significativamente de un régimen en el que no creía, dejándose en representación a una buena parte del electorado. Se produjo un importante crecimiento económico como consecuencia de la reconstrucción y la política socialdemócrata puesta en práctica con importantes nacionalizaciones, sobre todo en el sector energético y las comunicaciones, y una amplia política social.

Pero estos resultados no pudieron superar el descrédito al que se arrastraba la Cuarta República debido a la mala política colonial, con cruentas guerras durante toda la década de los cincuenta, tanto en el conjunto de Indochina como en Argelia. Esto fue el desencadenante del camuflado golpe de Estado con el que de Gaulle alcanzó el poder en 1958. Inmediatamente fue reformada la Constitución y con ella nació la Quinta República, actual, de carácter presidencialista y con un ejecutivo más fuerte.

De Gaulle dominó toda la década de los sesenta, pero al tiempo que crecía la economía y el nivel de vida de los franceses, la sociedad comenzó a criticar el creciente conservadurismo del sistema. Los acontecimientos de mayo del sesenta y ocho fueron la culminación de este movimiento crítico que, aun superado en primera instancia por de Gaulle, acabaron obligándole a dimitir un año después. Su sucesor, Pompidou, fue un mero continuador de la línea conservadora anterior hasta que la crisis del petróleo puso a Francia, como a todo occidente, ante una coyuntura que dio paso al gobierno de centro-derecha de Valéry Giscard d'Estaing.

En el otro extremo de la evolución se encuentra el caso de las dos grandes derrotadas, Alemania e Italia. Vencida y vencedora al mismo tiempo, la Italia a salida de la guerra tuvo una vida política muy agitada, que no impidió su recuperación económica hasta situarla en la década de los setenta entre los grandes de la economía mundial. La monarquía, entrañablemente vinculada al fascismo, no pudo sobrevivir a su caída.

Un referéndum dio paso a la República, cuya principal característica ha sido, hasta el presente, el gran peso del poder legislativo, a su vez muy fragmentado en múltiples corrientes ideológicas, lo que ha ocasionado una alta inestabilidad de los gobiernos. El panorama político siempre estuvo dominado por la democracia cristiana, que supo coaligarse con distintos partidos para, aun a pesar de los rápidos cambios del Ejecutivo, mantener equipos gubernamentales durante largo tiempo. Salvo en los primeros años de la República, el Partido Comunista, el segundo más importante del país, nunca entró a formar parte del gobierno.

El caso más excepcional de superación de las consecuencias bélicas y del cambio sociopolítico con respecto a antes de la contienda, lo realizó la República Federal Alemana. Con su territorio ocupado militarmente y dividido en dos Estados separados, sus infraestructuras destruidas, sus industrias desmanteladas y rodeada de la más alta tensión internacional, Alemania era la materialización de la decadencia. Sin embargo, de tales restricciones se pudo extraer la parte positiva.

La ocupación aliada liberó a Alemania de los anteriores colosales gastos militares, la destrucción generalizada de su industria permitió que se efectuara su reinstalación utilizando la más moderna tecnología, de la que carecían muchos de los países vencedores por tener parte de sus industrias de antes de la Guerra de Intactas. Todo ello fue posible por la gran ayuda prestada a Alemania mediante el Plan Marshall y el establecimiento de una economía social de mercado bajo el gobierno de Adenauer. Bajo la dirección de este y otros dirigentes democristianos, las décadas de los 50 y primera mitad de los 60 catapultaron a Alemania al nivel de primera potencia europea.

La entrada en el gobierno del Partido Socialista, dirigido por Willy Brandt a finales de los años 60, potenció las líneas de la economía social de mercado y varió considerablemente la política exterior mediante lo que Willy Brandt llamó la Ostpolitik. Alemania pasó de ser el principal escenario de la Guerra Fría a establecer líneas de diálogo e incluso comercio con los países del Este, en especial con la RDA y la URSS, de la que se convirtió en uno de los principales interlocutores. Tras superar la primera crisis coyuntural de 1965 a 1968, Alemania sufrió la gran crisis de 1973 de forma dramática, si bien fue uno de los países que primero diseñaron políticas adecuadas para salir de ella.

Su puesta en práctica a partir de 1974 la llevó a cabo el nuevo canciller, el socialista moderado Helmut Schmidt, sucesor de Willy Brandt. Independientemente de la evolución interna, lo más destacado de las democracias europeas fue su proceso de acercamiento y la constitución de la Comunidad Económica Europea. ¿Cómo puede resumirse su creación y cuál fue la importancia real de este hecho? Al mismo tiempo que se producía el crecimiento económico antes señalado y se sentaban las bases sociales de los sistemas democráticos en la vieja Europa, se llevó a cabo una de las más espectaculares prácticas políticas de la posguerra, la reunificación de los mercados europeos y la puesta en marcha de un movimiento de confluencia legislativa, económica y, finalmente, política.

Aun con claros antecedentes, durante el periodo de entreguerras, no fue hasta la década de los 50 cuando se sentaron las bases de la Unión Europea. En 1952 se fundó la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, base de lo que en 1958 fue la Comunidad Económica Europea o Mercado Común, propiciado por Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Duisemburgo e Italia. Aun a pesar de la inexperiencia en los campos de reunificación de mercado y de las duras negociaciones con motivo de las economías coincidentes, en especial la agroganadera, durante los años 60 se realizó un gran esfuerzo unificador.

Antes de la manifestación de la crisis de 1973 se produjo la ampliación de la comunidad con el ingreso de Gran Bretaña, hasta entonces vetada por De Gaulle, Irlanda y Dinamarca. La crisis de mediados de los 70 potenció la aparición de tendencias anticomunitarias y en ocasiones algunos gobiernos desarrollaron políticas poco solidarias con el resto de sus socios. La comunidad no pudo superar los efectos de la crisis psicológicos más que económicos hasta bien entrada la década de los 80.

Se puede decir que en la época que hemos estado hablando la nueva Europa era todavía más proyecto que realidad. Se reflexionaba mucho más sobre lo que debía llegar a ser, pero hasta la década de los 80 imperaron sobre todo otras cuestiones de las relaciones económicas y comerciales. Fue significativo que en su refundación, en la segunda parte de los 80, en la denominación del conjunto desapareciera el adjetivo económica y pasara a llamarse Comunidad Europea.

En nuestro programa esta noche hemos hablado de la evolución de las democracias liberales desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis de mediados de los 70. Se han estructurado las causas que permitieron el gran desarrollo económico de la conocida como Edad Dorada y se ha puesto especial énfasis en el análisis de la evolución de los distintos países del bloque europeo y Estados Unidos y la creación de la Comunidad Europea. Y despedimos ya el curso de acceso por hoy.

Gracias por su atención y muy buenas noches. La UNED les ha acompañado con dos horas y media de radio educativa y cultural. Mañana estaremos de nuevo con todos ustedes en esta misma emisora y a nuestra hora habitual.

Nuestro primer espacio será el programa de formación del profesorado. Continuaremos con Ingeniería Técnica de Informática, después la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales y por último el curso de acceso. Gracias por acompañarnos, que pasen una feliz noche.